

berlas merecido. En seguida habló Napoleon con los generales austriacos de mas nombradía , durando cinco horas aquel extraordinario espectáculo , hasta que desfilaron por delante de él veinte y siete mil hombres , pues en la plaza quedaban de tres á cuatro mil heridos.

Al dia siguiente , como lo tenia de costumbre , dirigió á sus soldados una proclama concebida en los términos siguientes:

*En el cuartel general imperial de Elchingen , 29 de vendimiario , año 14 (21 de octubre de 1805).*

SOLDADOS DEL EJÉRCITO GRANDE:

«En quince dias hemos llevado á cabo una campaña , habiendo realizado lo que nos proponiamos. A las tropas de la casa de Austria las hemos arrojado de Baviera , restableciendo á un aliado nuestro en la soberanía de sus estados. El ejército , que con tanto orgullo como imprudencia habia llegado hasta nuestras fronteras , no existe ya ; ¿pero qué importa esto á Inglaterra , si ha conseguido su objeto de alejarnos de Boloña?...

«Cien mil hombres componian ese ejército , y sesenta mil han caido prisioneros , estando destinados á reemplazar á nuestros conscriptos en las labores agrícolas. Doscientas piezas de artillería , noventa banderas , todos los generales se hallan en poder nuestro , y no llegan á quince mil hombres los que han logrado escapar. Soldados , os habia dicho que ibais á dar una gran batalla ; pero gracias á las malas combinaciones del enemigo ; he alcanzado un triunfo igual al que esperaba sin

correr ningun riesgo , y lo que no se conoce en la historia de las naciones , sin que tan gran resultado nos haya costado arriba de mil quinientos hombres.

«Soldados , este triunfo se debe á la confianza sin límites que teneis en vuestro emperador , á la paciencia con que sufrís las fatigas y privaciones de toda especie , y á vuestra extraordinaria intrepidez.

«Pero no se limitará á esto nuestro ardimiento ; estais impacientes por empezar una segunda campaña , y vamos á hacer que ese ejército ruso que el oro de Inglaterra ha traído del otro extremo del universo , tenga la misma suerte que el que acabamos de destruir.

«La nueva lucha en que vamos á entrar , pertenece mas especialmente á la infantería , esta es la que va á decidir por segunda vez la cuestion que ya hemos decidido en Suiza y Holanda , la de si la infantería francesa es la primera ó la segunda de Europa. Ya no hay generales á quienes yo trate de aventajar en gloria , y de hoy mas consistirá todo mi empeño en salir victorioso , sin derramar mas sangre que la puramente indispensable , porque miro á mis soldados como si fuesen hijos míos.»

Al dia siguiente de haberse rendido Ulm , salió Napoleon para Augsburgo , á fin de llegar al Inn antes que los rusos , marchar hácia Viena , y hacer que se frustrasen los cuatro ataques que se dirigian contra el imperio , sin acudir para ello á otro medio que el de caer sobre Viena con todo el ejército grande.

¿Porqué nos hemos de ver obligados despues de haber narrado hechos tan brillantes , á hablar de uno tristísimo? Durante esos mismos dias del mes de octubre de 1805, eternamente gloriosos para Francia , la providencia imponia á nuestras escuadras un castigo cruel, en cambio de las victorias que acababan de alcanzar nuestros ejércitos , y la historia, que ha tomado á su cargo la tarea de contar así los triunfos como los reveses de las naciones, para que la posteridad sienta las mismas emociones que en su tiempo sintieron las generaciones cuya vida refiere , la historia debe despues de los prodigios que tuvieron lugar en los campos de Ulm , resignarse á describir la espantosa escena de destruccion que pasaba en aquella misma época á lo largo de las costas de España, y á la vista del cabo de Trafalgar.

Cuando el desgraciado Villeneuve salió del Ferrol , iba animado del deseo de dirigirse á la Mancha , para secundar las grandes miras de Napoleon; pero llevado de un sentimiento irresistible , hizo rumbo hácia Cádiz. La noticia de que Nelson se habia reunido con los almirantes Calder y Cornwallis , le aterró en cierto modo , y eso que aunque era cierta bajo algunos aspectos , pues, cuando Nelson volvió á Inglaterra , hizo una visita delante de Brest á Cornwallis, era falsa en cuanto á lo mas importante , puesto que no se habia detenido en aquellas aguas, habiéndose dado á la vela por el contrario para Portsmouth. El almirante Calder fué el único que salió para el Ferrol , á donde llegó despues de haber abandonado Villeneuve aquel puerto , de suerte que corrian inutilmente unos tras de otros, como

sucede con frecuencia en el vasto espacio de los mares , y si Villeneuve hubiese insistido en su intento , hubiera encontrado delante de Brest á Cornwallis , separado á un mismo tiempo de Nelson y de Calder. No lo hizo así , perdiendo la mejor ocasion , y dando lugar á que la perdiese Francia , sin que por esto pueda decirse eual hubiese sido el resultado de aquella expedicion extraordinaria si Napoleon se hubiera encontrado á las puertas de Lóndres , mientras que las tropas austriacas se hallaban en las fronteras del Rhin. La rapidez con que obraba hubiera decidido si eran bastante cuarenta dias que habian transcurrido desde el 20 de agosto hasta el 30 de setiembre , para dominar á Inglaterra , y dar á Francia los dos cetros reunidos de la tierra y los mares.

Al dejar Villeneuve al Ferrol , no se atrevió á decir al general Lauriston que iba á Cádiz; pero así que se vió en alta mar , no le ocultó la inquietud que le devoraba y que le habia obligado á alejarse de la Mancha para dirigirse hácia el otro extremo de la península. Lauriston le instó á que variase de propósito , pintándole la magnitud de los designios que iba á frustrar , y entonces se le ocurrió de nuevo , aunque por un instante , el pensamiento de navegar hácia la Mancha , poniendo en consecuencia la proa el Nordeste; pero un viento contrario que soplabá de la misma parte , le impidió seguir aquel derrotero , y tomó definitivamente el partido de ir á Cádiz , con el corazon atormentado por un nuevo temor , por el de tener que arrostrar la ira de Napoleon. El 20 de agosto apareció á la vista de Cádiz , puerto que por lo regular se hallaba siempre bloqueado por

un crucero inglés de medianas fuerzas, por manera que si se hubiese presentado repentinamente á la cabeza de las escuadras combinadas, habria podido apresarle. Pero siempre dominado por unos mismos temores, envió una avanzada para que averiguase si habia delante de Cádiz fuerzas navales capaces de dar una batalla, y lo que consiguió fué que el crucero inglés se alarmase, teniendo tiempo para huir. A lo menos el almirante Ganteaume, aunque en 1801 no realizó el objeto de su expedicion á Egipto, apresó al *Swiftsure*; pero lo que es Villeneuve ni aun siquiera tuvo el consuelo de entrar en Cádiz con dos ó tres buques ingleses prisioneros, en desquite de lo inútil de su campaña.

Era natural, pues, que temiese los resultados de la ira del emperador, y así pasó algunos dias en una desesperacion profunda, no engañándose por cierto en sus temores, pues cuando Napoleon recibió el parte detallado de cuanto habia sucedido, parte que le envió su ayudante de campo Lauriston, atribuyendo á falacia el doble lenguaje que habia usado al salir del Ferrol, y á una especie de traicion el no haber dicho á Lallemand que la escuadra regresaba á Cádiz, lo cual espone á este á que se presentase solo en Brest, é imputando sobre todo á Villeneuve el que hubiese abortado el plan mas grande que hasta entonces habia concebido, habló de él en presencia del ministro Decrés del modo mas afrentoso, llamándole cobarde y traidor. El desgraciado Villeneuve no era ni lo uno ni lo otro, sino tan buen soldado como buen ciudadano; pero demasiado abatido al ver la inesperienza de la marina francesa y lo

incompleto de su material, y asustado de la completa desorganizacion en que se hallaba la marina española, solo veia una derrota segura en cualquier encuentro que tuviese con el enemigo, desesperándole la idea de que Napoleon le destinaba necesariamente á que hiciese el papel de hombre vencido. Y todo por no haber comprendido que lo que Napoleon le pedia no era que venciese, sino que abriera el camino de la Mancha, aunque para ello tuviera que arruinarse con toda la escuadra; y si le comprendió no supo resignarse á sufrir un destino tan terrible, destino que como veremos pronto le cupo sin resultado alguno ventajoso que pudiera ilustrar su derrota.

Flotando Napoleon como flotaba en medio de un mar de cosas á cual mas grandes, no tardó en perder de vista al almirante Villeneuve; pero sin embargo, antes de partir para las orillas del Danubio, arrojó una mirada sobre la marina, y sobre el destino que debia dársele, mandando que la escuadra de Brest se dividiese en varios cruceros, conforme al plan de Mr. Decrés, plan que se reducía á evitar las grandes batallas navales hasta que nuestra marina no estuviese formada, y emprender entretanto lejanas expediciones, compuestas de pocos buques que no pudieran apresar los ingleses, y fuesen tan perjudiciales para su comercio como ventajosos para la instruccion de marinos. Quiso ademas que el corto ejército que se hallaba en Tarento á las órdenes del general Saint-Cyr, contase con el apoyo de la escuadra de Cádiz y de las tropas de desembarque que habia á su bordo, pues calculaba que dicha escuadra, compuesta de unos cuarenta buques, y

aun de cuarenta y seis si se reunia con la division de Cartagena, debia dominar por algun tiempo en el Mediterráneo, como dominó la de Bruix; apoderarse de los cruceros ingleses que se hallaban en el apostadero de Nápoles, y proporcionar al general Saint-Cyr el socorro de cuatro mil soldados que acababa de trasportar á todos los mares. Mandó, pues, que saliese de Cádiz, entrase de nuevo en el Mediterráneo, se reuniese á la division de Cartagena, se trasladase en seguida á Tarento, y en caso de que las escuadras inglesas se hubiesen reunido en las aguas de Cádiz, que no se dejasen encerrar allí, sino que salieran si es que contaban con mayores fuerzas, porque mas valia ser derrotados que deshonorarse con una conducta pasilánime.

Así que Napoleon tomó estas resoluciones, bajo la impresion que le causó la timidez de Villeneuve, sin madurarlas siquiera, y sobre todo sin que el ministro Decrès las combatiere lo bastante, porque no se atrevia á repetir lo mismo que la habia dicho, se comunicaron inmediatamente á Cádiz. El almirante Decrès no refirió á Villeneuve todas las palabras de Napoleon; pero le enumeró sin hablar de las espresiones ofensivas de que se habia valido, los términos en que habia censurado su conducta desde que salió de Tolon hasta que regresó á España, no ocultándole que tenia que hacer mucho para volver á conquistar el aprecio del emperador. Dándole en seguida cuenta de á donde le destinaban, le mandó se hiciese á la vela, y que tocase en Cartagena, Nápoles y Tarento, para ejecutar las instrucciones que acabamos de referir: por lo demas, sin decirle

terminantemente que saliese en cualquier evento, le manifestó que el emperador queria que cuando los ingleses fuesen inferiores en fuerzas, nunca se negase la marina francesa á entrar en combate. No se atrevió á decir mas, por no descubrir á Villeneuve la verdad en toda su desnudez, ni tampoco tuvo valor para volver á instar á Napoleon que impidiese se diera una gran batalla naval, que entónces no tenia por disculpa la necesidad; pero lo cierto es que todos tuvieron parte en el desastre que se preparaba, Napoleon con su furia, el ministro Decrès con sus reticencias, y Villeneuve con su desesperacion,

Dispuesto ya á emprender su viage para Strasburgo, Napoleon dió por última vez órdenes á Decrès acerca de las operaciones navales, diciéndole:—Probablemente será tan cobarde vuestro amigo Villeneuve que no saldrá de Cádiz, y así disponed que el almirante Rosily tome el mando de la escuadra si cuando llegue no ha salido aun, y que Villeneuve venga á París á darme cuenta de su conducta.—Mr. Decrès no tuvo valor para anunciar á Villeneuve aquella nueva desgracia, que le privaba de todos los medios de recobrar lo perdido, y se contentó con manifestarle la salida de Rosily, sin darle á conocer el motivo, no aconsejando á Villeneuve que se hiciese á la vela antes de que el almirante Rosily llegara á Cádiz, porque tenia esperanzas de que así sucediese. Es decir, que sin saber que hacerse entre un amigo desgraciado, cuyos errores no desconocia, y el emperador, en cuyas resoluciones veia algo de imprudencia, cometió un disparate que suele ser harto frecuente, el de dejar entregadas

las cosas á sí mismas en vez de cargar con la responsabilidad de dirigirlas (1).

Cuando Villeneuve recibió las cartas de Mr. Decrés, adivinó lo que no le decían, causándole esto tanta pena como hubieran podido causarle las reconvenciones á que se había espuesto. Lo que mas le llegaba al alma era la acusacion de cobarde, porque sabia que no era merecedor de ella; pero creyó entreverla entre las reticencias del ministro, protector y amigo suyo, y le contestó lo siguiente: «Los marinos tanto de París como de los departamentos que me tiren la primera piedra, deben ser unos hombres indignos ó estar locos, porque condenándome á mí se condenan á sí mismos para mas tarde. Que vengan á bordo de las escuadras, y verán con que elementos están espuestos á combatir. Por lo demas, *si à la marina francesa solo le falta audacia, como hay quien diga, pronto quedará contento el emperador, pues puede contar con los triunfos mas brillantes.*»

Estas palabras llenas de amargura contienen el pronóstico de lo que pronto iba á suceder. Villeneuve hizo los preparativos para intentar una nueva salida, desembarcando las tropas para que tomasen descanso y los enfermos para que se cu-

(1) Muchas conjeturas se han hecho sobre las causas que dieron lugar á que la escuadra saliese en masa de Cádiz, y se diera la batalla de Trafalgar. Nosotros hemos sacado el relato que vamos haciendo de la correspondencia auténtica de Napoleón, y la de los almirantes Decrés y Villeneuve, de modo que aquel triste acontecimiento nada encierra sino lo que van á ver nuestros lectores.

raran, y valiéndose de los escasos medios que habia en España para reparar sus buques cansados de navegar tanto tiempo, reunir víveres á lo menos para tres meses, y reorganizar por último las diversas partes de su escuadra. El gefe de escuadra Gravina, desechó por consejo suyo los malos buques que mandaba, remplazándolos con los mejores que habia en el arsenal de Cadiz, y todo el mes de setiembre se empleó en esto, ganando mucho la escuadra en su parte material, aunque nada en la personal. Las tripulaciones francesas habian adquirido alguna esperiencia durante una navegacion de cerca de ocho meses, de suerte que estaban llenas de entusiasmo y ardor. En cuanto á los oficiales, los habia excelentes; pero entre ellos un número demasiado grande sacado de los buques mercantes, que carecia de conocimientos, y no tenia disposicion para la marina militar. Su instruccion, en artilleria sobre todo, no podia estar mas descuidada, pues nuestros marinos no eran entonces tan buenos tiradores como se hicieron últimamente, gracias al empeño especial que se puso en mejorar aquella parte de la educacion militar. Lo que tambien faltaba á nuestra marina, era un sistema de táctica naval adecuado al nuevo modo de combatir que tenian los ingleses, pues en vez de colocarse en batalla en dos lineas contrarias, como lo hacian antes, avanzando con método, conservando cada una de ellas su fila y tomando por contrario el buque situado frente por frente en la linea opuesta, dirigidos los ingleses por Rodney en la guerra de América, y por Nelson en la de la revolucion, habian contraido la costumbre de avanzar con osadia, sin ob-

servar otro orden que el que resultaba de la ligereza relativa de los buques; arrojarse sobre la escuadra enemiga, cortarla, separar a parte de ella para meterla entre dos fuegos, y no temer en fin la lucha, á riesgo de tirarse unos á otros. La esperiencia, lo hábiles que eran sus tripulaciones, y la confianza que les inspiraban los triunfos anteriormente alcanzados, les aseguraban siempre en aquellas empresas temerarias la ventaja sobre sus contrarios, menos ágiles y confiados que ellos, aunque tuviesen tanto valor, y muchas veces mas. De consiguiente los ingleses habian hecho una revolucion por mar bastante parecida á la que Napoleon acababa de hacer en tierra, aunque Nelson, que habia contribuido á realizar aquella revolucion, no tenia ni con mucho la superioridad de talento que Napoleon, ni sus conocimientos eran tan universales como los de este. Por el contrario, era muy limitado en las cosas estrañas á su carrera; pero tenia genio para marino, era inteligente y resuelto, y poseia en grado eminente las cualidades propias para la guerra ofensiva, esto es, actividad, audacia y buen golpe de vista.

Villeneuve, que si bien estaba dotado de talento y valor, no tenia la firmeza de alma que conviene á un gefe de ejército, sabia perfectamente cual era la parte flaca de nuestro modo de pelear, y sobre ello habia escrito cartas muy luminosas á Mr. Decrés, cuyo ministro era de su mismo parecer, ni mas ni menos que todos los marinos; pero creia era una cosa imposible preparar, estando en campaña, un nuevo modo de instruccion, y hacer que lo aprendieran sus capitanes

para que pudiesen aplicarlo en el primer encuentro. Sin embargo, en la batalla del Ferrol, opuso á los ingleses, segun recordarán nuestros lectores, una maniobra inesperada que mereció la aprobacion de Napoleon y Mr. Decrés. El almirante Calder se dirigia en columna contra la cola de su línea para ver de cortarla, lo cual evitó el, retirándola con presteza; pero una vez trabada la batalla, no supo maniobrar, dejó que no tomasen parte en la refriega algunas de sus fuerzas, y siendo así que solo bastaba para recobrar dos navíos españoles que habian quedado desamparados, el hacer un movimiento hácia adelante con toda su línea, no se atrevió á mandarlo. Villeneuve mostró no obstante en aquella batalla no poco talento, á juicio de Napoleon, pero no bastante carácter. Despues las instrucciones que dió á sus capitanes se redujeron á que solo obedecieran las señales que haria en el momento de la accion, si el estado del viento permitia maniobrar, y si no lo permitia, que se las compusieran como pudiesen para entrar en fuego y buscar con quien batirse.—No debe aguardarse, decia, á que el navío almirante haga señal, porque en la confusion de una batalla naval no se vé muchas veces lo que está sucediendo, ni se pueden dar órdenes ni hacer que lleguen á su destino. Que cada cual oiga la voz del honor y se encamine al sitio del peligro, porque EL PUESTO DEL CAPITAN ESTA DONDE HAY FUEGO.—Tales fueron sus instrucciones, trayéndonos esto á la memoria que el almirante Bruix, tan superior á Villeneuve, no dirigió otras á los oficiales que mandaba. Si en todos los encuentros importantes que hemos tenido

con los ingleses por mar, hubiesen seguido los capitanes instrucciones dictadas por el honor y la experiencia, aquellos contarían menos triunfos ó los hubieran pagado mas caro.

Lo que mas alarmaba al almirante Villeneuve era el estado en que se hallaba la escuadra española, pues aunque se componía de buques grandes y hermosos, especialmente uno de ellos, que se llamaba la *Santísima Trinidad*, tenía ciento cuarenta cañones, y era el mayor que hasta entonces se había construido en Europa, aquellas vastas máquinas de guerra, si traían á la memoria el esplendor que llegó á alcanzar la monarquía española en tiempo de Carlos III, eran como los navíos turcos, soberbios en la apariencia, pero inútiles en momentos de peligro. La desnudez en que se encontraban los arsenales españoles no había permitido aparejarlos como se debía, y en cuanto á las tripulaciones, su estado de debilidad era para desesperar á cualquiera, porque los montaban hombres sacados en montón de las poblaciones marítimas de la península, que ni tenían instrucción, ni estaban acostumbrados á las fatigas del mar, y eran incapaces bajo cualquier aspecto que se les miraba, de entrar en lucha con los marinos ya veteranos de Inglaterra, por mas que corriese en sus venas la generosa sangre española. Los oficiales, en su mayor parte á lo menos, no valían mucho mas que los marineros; pero sin embargo había algunos dignos de los mas bellos tiempos de la marina española, sobresaliendo entre todos Gravina, Alava, Valdés, Churrua y Galiano.

Cada vez mas decidido Villeneuve á probar

que no era un cobarde, empleó el mes de setiembre y los primeros dias de octubre en poner orden en aquella amalgama de las dos marinas, con las cuales formó dos escuadras, una de batalla y otra de reserva. El mismo tomó el mando de la escuadra de batalla, compuesta de 21 navíos, y la distribuyó en tres divisiones de á siete cada una, teniendo directamente bajo su mando á la division del centro, mientras el almirante Dumanoir, cuyo pabellon flotaba en el *Formidable*, mandaba la division de retaguardia y Alava la de vanguardia desde el *Santa Ana*. La escuadra de reserva se componía de doce navíos, y estaba repartida en dos divisiones de á seis cada una, mandándola en jefe Gravina, quien tenía á sus órdenes para que dirigiese la segunda division, al contraalmirante Magon, que montaba el *Algeciras*. Por lo demas, con esta escuadra de reserva, separada del cuerpo de batalla, y que obraba aparte, quería Villeneuve parar las maniobras imprevistas del enemigo, si el viento le permitía á él maniobrar tambien, y en caso contrario, confiaba en que sus capitanes entrarían en combate, escuchando únicamente la voz del honor.

Componiase, pues, la escuadra combinada de treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos briks, é impaciente Villeneuve por hacerse á la vela, quiso aprovecharse el dia 8 de octubre, (16 de vendimiario) de un viento del Este, para salir de la bahía, pues para dejar á Cadiz es necesario que sople un viento Nordeste á Sudeste. Sin embargo, tres navíos españoles acababan de salir del astillero, y el dia antes se habían embarcado á su bordo las tripulaciones, siendo impo-

sible que aquellos tres navíos, llamados el *Santa Ana*, el *Rayo* y el *San Justo*, pudiesen mantenerse firmes en una línea de batalla, pues lo mas que podian hacer era aparejar con la escuadra. Así lo manifestaron los oficiales españoles, y queriendo Villeneuve salvar su responsabilidad, reunió un consejo de guerra, en el cual dijeron los oficiales mas valientes de una y otra escuadra que estaban prontos á dirigirse á donde fuese preciso, para secundar las miras del emperador Napoleón, pero que era una imprudencia que podía costarles muy caro el presentarse inmediatamente al enemigo en el estado en que se hallaban la mayor parte de los buques; que á las pocas horas de haber salido de la bahía, y cuando apenas hubiesen tenido tiempo para maniobrar, encontrarían á una escuadra inglesa, igual ó superior en fuerzas á ellos, y quedaria destruida la nuestra infaliblemente; y que mas valia aguardar una ocasion favorable, como por ejemplo, que por cualquier motivo se dividiesen las fuerzas inglesas, ocupándose entre tanto en terminar la organizacion de los buques últimamente armados.

Villeneuve dió cuenta de todo al gobierno francés, diciendo que tambien él opinaba no debia darse una gran batalla, en el estado en que se hallaban una y otra marina; pero esto lo hizo como para que resaltase mas y mas su tranquila resignacion, pues añadió que estaba decidido á hacerse á la vela con el primer viento del Este que le permitiera sacar á la escuadra de la bahía.

Esperó, pues, impaciente se le presentase un

momento favorable para dejar á Cadiz á toda costa, complaciéndose en la idea de que al fin tenia delante al temible Nelson, cuya imágen le habia perseguido por todos los mares, haciéndole faltar á una de las comisiones mas importantes que podia desempeñar en toda su vida. Empero ya no temia su presencia, aunque entonces era mas temible que nunca, porque ensanchada su alma con la desesperacion anhelaba por los peligros, y aun casi una derrota, para demostrar habia tenido razon en querer evitar un encuentro con la marina británica.

Entre tanto Nelson, despues de tocar por un instante en las playas de la Gran Bretaña, que no debia volver á ver, enderezó el rumbo hácia Cadiz, con una de las escuadras que el almirantazgo inglés reunió en la Mancha cuando penetró al cabo de dos años los proyectos de Napoleón; y era natural dirigirse á aquel puerto, porque habia corrido en el Océano la noticia de que Villeneuve se hallaba de regreso al otro extremo de la península.

Tenia Nelson á su disposicion poco mas ó menos las mismas fuerzas navales por Villeneuve, es decir, treinta y tres ó treinta y cuatro buques, pero todos adiestrados en el largo tiempo que llevaban de cruceros, y dotados de la superioridad que siempre tienen sobre las escuadras bloqueadas las que bloquean. No abrigando la menor duda en vista de los preparativos de Villeneuve, pues todo lo sabia por medio de espías, de que este iba á caer en su poder, observaba sus movimientos con el mayor afán, y dirigió á oficiales ingleses, previendo que pronto se iba á



dar la batalla, instrucciones no conocidas hasta despues, y que han causado la admiracion de todos los marinos.

Lo que les mandó fué que ejecutasen su maniobra favorita, cuidando de explicar detalladamente los motivos por qué queria obrasen de aquel modo.—Poniéndose en linea, así decia, se pierde demasiado tiempo, pues como no todos los buques obedecen el impulso que les dá el viento, seria preciso que una escuadra arreglase sus movimientos á los de aquellos que anduviesen peor, dando tiempo á que el enemigo que quisiera evitar la batalla, se escabuliese, cuando convenia á toda costa que no se escapase en aquella ocasion la escuadra franco-española. Nelson suponía que Villeneuve se habia reunido con la division de Lallemand, y tal vez con la de Cartagena, ascendiendo su escuadra de consiguiente á cuarenta y seis buques, y aunque él tenia esperanzas de mandar cuarenta, contando los que debian llegarle, cuanto mas numerosa fuese su escuadra, tanto menos queria ponerla en linea. Mandó, pues, formar dos columnas, una directamente bajo su mando y otra á las órdenes del vice-almirante Collingwood, para dirigir las con prontitud sobre la linea enemiga, sin guardar otro orden que el de la celeridad, cortar dicha linea por dos sitios, esto es, por el centro y la cola, envolver en seguida la parte cortada y destruirla.—La parte de la escuadra enemiga que pongais fuera de combate, añadió fundándose en la esperiencia, tantas veces demostrada durante cinco años, será difícil que vaya á socorrer á la parte atacada, y antes de que

llegue habreis vencido.—No podia preverse con mayor sagacidad y esactitud las consecuencias que debia producir aquella maniobra, que Nelson procuró inculcar primero en el ánimo de todos sus oficiales, y esperaba poder realizar cuanto antes. Por lo demás, para no intimidar demasiado á su contrario, cuidó de no estrechar á Cadiz de muy cerca, contentándose con enviar algunas fragatas en observacion, y cruzando él con sus navios á lo largo de la boca del estrecho. barloventeaba del Este hácia el Oeste, bien lejos de la vista de las costas.

Cuando supo el verdadero estado de las fuerzas de Villeneuve, quien no se habia reunido con Salcedo ni con Lallemand, no temió dejar en Gibraltar cuatro navios, dar uno al almirante Calder, que acababa de ser llamado á Inglaterra, y enviar otro á Gibraltar para que hiciese allí aguada. Al saber esto en Cadiz, se confirmó mas y mas Villeneuve en la resolucion que ya habia adoptado de hacerse á la vela, pues creia que los ingleses contarían con mas fuerzas, esto es con treinta y tres ó treinta y cuatro buques, y viendo que no tenían tantos, disminuyó su cálculo hasta suponer que solo tendrían veinte y tres ó veinte y cuatro, siendo así que eran mas.

Llegaron á Cádiz en esto los últimos despachos de Paris en que se anunciaba la salida del almirante Rosily, y Villeneuve no se afectó mucho en un principio, pues la idea de que iba á servir con honra á las órdenes de un gefe superior á él en graduacion y edad, y á portarse á su lado como un capitan valiente, alivió su alma

agoviada con el peso de una responsabilidad demasiado grande. Sin embargo, estaba ya en Madrid Rosily, sin que el ministro hubiese explicado á Villeneuve la suerte que le esperaba bajo el mando del nuevo almirante, lo cual le hizo creer le habian destituido pura y simplemente, y que ni siquiera tendria el consuelo de rehabilitarse peleando, aunque fuera en segunda fila, de un modo brillante. Deseando ardientemente poder librarse de la deshonra, y aprovechándose de las instrucciones en que no solo le autorizaban para que saliese, sino que le indicaban debia hacerlo, siempre que el enemigo fuese inferior en fuerzas, consideró dichas instrucciones como suficientes para que pudiera hacerse á la vela, y sin detencion dió la señal. El 19 de octubre (27 de vendimiario) se declaró una brisa aunque leve de Sudeste, y con su auxilio salió de la rada el contra-almirante Magon con una division, dando caza á un navío y algunas fragatas del enemigo, y fondeando por la noche fuera de bahía. Al dia siguiente 20 (28 de vendimiario), se hizo Villeneuve á la vela con toda la escuadra, á pesar de que los vientos eran flojos y varios, puso la proa al Sur, y empezó á navegar, llevando á la cabeza y algo á la izquierda á la escuadra de reserva que mandaba Gravina. Ya hemos dicho que la escuadra combinada se componia de treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos briks, y ahora añadimos que presentaban el mejor aspecto, maniobrando bien los buques franceses, pero los españoles bastante mal, á lo menos la mayor parte de ellos.

Aunque no se veia todavía al enemigo, por

el movimiento de sus fragatas podia creerse no estaba lejos, y efectivamente el *Aquiles* lo descubrió, haciendo señal de que solo habia diez y ocho y velas. La escuadra combinada se lisonjeó por un instante al saber esto de que iba á tener un encuentro con el enemigo con fuerzas superiores, y en el alma de Villeneuve penetró un vislumbre de esperanza, vislumbre que debia ser el último de su vida.

Aquella noche mandó formasen en batalla por orden de celeridad, arreglando la línea por el buque que recibiese mas de lleno el impulso del viento, lo cual queria decir que cada uno de los buques se situase en el puesto que merecia con arreglo á su marcha, y no á su rango, alineándose por el que mejor obedeciese al viento. La brisa, por lo demas, habia variado; la escuadra llevaba puesta la proa al S. E., es decir hacia la entrada del estrecho, y en todos los buques se habia dado la voz de zafaranchó.

Toda la noche se vió y oyó á nuestro lado la señal de las fragatas inglesas, las cuales indicaban á Nelson por medio de cañonazos y el resplandor de hogueras la direccion nuestra, y al rayar el dia, el viento, flojo y vario, soplabá hacia el Oeste, el mar estaba de leva, las olas eran altas aunque no con reventazon, y el sol brillaba en todo su esplendor. Entonces se descubrió al enemigo formado en varios grupos, segun unos de dos, y de tres segun otros, conociéndose á pesar de que todavía distaba cinco ó seis leguas de la escuadra francesa, que se dirigia hacia ella.

Inmediatamente mandó Villeneuve formar línea regular, encargando que cada uno de los bu-